

to en los labios. Aquella muchedumbre presentaba una fisonomía sombría, siniestra, de desesperación demente, que no se había visto en el movimiento de Germinal. Entonces comienza una escena interminable de desorden y de tumulto. Cuantas veces el presidente ó algún diputado trata de hablar, las mujeres le interrumpen con un grito furioso y monótono. ¡Pan! ¡pan! ¡pan!; y de vez en cuando, voces de hombres: «¡La Constitución del noventa y tres!». En este momento, llegan al socorro de la convención los batallones de la sección de Grenelle, y á su cabeza, sable en mano, el diputado Anguis, que grita. «¡Adelante!» Convencionales é insurrectos se embisten, se empujan, se agarran, en el salón mismo de la Asamblea, pero sin llegarse á derramar sangre. Por una y otra parte se huye de usar de las armas. En esta pelea, la secciones burguesas logran echar fuera por dos ó tres veces á las gentes de los barrios. Pero éstas vuelven á la carga, cada vez con más ímpetu, engrosadas con los nuevos grupos que les van llegando, y la lucha se encona por momentos, hasta que por fin, las bayonetas se cruzan y tiros parten de una y otra parte. Imposible contener la ola invasora, cada vez más extensa y encrespada. La muchedumbre de detrás empuja á la muchedumbre de delante, que cae sobre las bayonetas enemigas. derriba todos los obstáculos y penetra de nuevo en la Asamblea. Un joven diputado, que se había distinguido como comisionado en los ejércitos, Feraud, lleno de valor y de patriotismo, corre al encuentro de los invasores y les conjura á detenerse. «¡Matadme!, les dice descubriendo el pecho; no entraréis sino pisando mi cuerpo»; y se tiende en el umbral del salón. La muchedumbre pasa por encima de su cuerpo. Mujeres ebrias, hombres armados de sables, de picas, de fusiles, ostentando en sus sombreros la inscripción: «Pan y la Constitución del noventa y tres», llenan el salón, rodeando los más resueltos la mesa, para forzar al Presidente á dar los decretos, objeto de la insurrección. Ocupa ahora el sillón presidencial Boissi-d'Anglas, que permanece tranquilo, impasible, recibiendo una lluvia de improperios, viendo asestadas contra él todas las bayonetas y todas las picas, que rodean su cabeza como círculo de hierro. «¡La votación! ¡Pan! ¡Decreto!», le grita la furiosa muchedumbre. Feraud, que acababa de levantarse, corre al pie de la tribuna, se mesa los cabellos, se golpea el pecho de dolor, y viendo al presidente rodeado de bayonetas, se adelanta para cubrirle con su cuerpo. Uno de los piqueros detiene á Feraud por la levita; un oficial descarga un puñetazo sobre el piquero; éste contesta con un disparo de pistola, que hiere á Feraud por la espalda y le derriba. «¡Feraud!», se gritó. La muchedumbre entiende «¡Freron!», y al oír este nombre detestado en los barrios, se lanzó enfurecida sobre el desgraciado herido, le arrastra fuera del salón, le corta la cabeza, clava ésta al extremo de una pica y parte á pasearla por las calles. Los invasores quedan dueños del salón de la Asamblea, insultan y maltratan á los diputados, lo mismo de la izquierda que de la derecha, pero no pasan de ahí: la muerte de Feraud no fué la señal de una matanza.

El objeto de la insurrección, si es que se puede descubrir alguna finalidad en medio de

aquel espantoso desorden, no era degollar ni expulsar á la Convención, sino obligarla á dar decretos en el sentido indicado por el manifiesto de la mañana. A este efecto, uno de los cañoneros insurrectos sube á la Tribuna á leer el manifiesto, lo que no puede efectuar por los gritos, las injurias y el redoble del tambor. El tumulto continúa durante horas. Admira la orfandad en que dejaron á la Convención los Comités y la fuerza pública. Una gran masa de guardia nacional se hallaba parada en el Carrusel y en el jardín de las Tullerías esperando órdenes, que no llegaban, y nadie sabía qué había sido de los Comités de gobierno, que mostraron en esta jornada una incapacidad rayana en la traición. Algunos diputados de la Montaña, Rühl, Romme y Duroi, intentan hablar para calmar á la muchedumbre; nadie les escucha. Ruidosa y descompuesta turba entra en el salón, y presenta al presidente una cabeza ensangrentada al extremo de una pica. El presidente Boissi-d'Anglas, que acababa de dar orden por escrito á un oficial superior de ir á buscar socorro para rechazar la fuerza con la fuerza, cree que aquella cabeza es la del susodicho oficial, y la saluda en silencio como el despojo de una víctima del deber. Despojo de una víctima de la abnegación era, en efecto, como que era la mismísima cabeza del infeliz Feraud. De nuevo, sinnúmero de bayonetas rodean el cuerpo de Boissi, que desplegó en este día raro valor, permaneciendo varias horas impasible delante de una muerte inminente. Al cabo, entrada ya la noche, la muchedumbre se impone un poco de silencio, para poder formular sus voluntades y hacerlas votar á los representantes. Desconocidos lanzan, en nombre del pueblo, proposiciones diversas. Se había llegado al momento más crítico. No decretar nada, no hacer nada, habría provocado seguramente escenas violentas, hasta de carnicería. La Asamblea era poco numerosa; la mayor parte de los diputados de la derecha y del centro se habían escapado antes de lo fuerte de la crisis; el mismo Boissi-d'Anglas, abrumado de fatiga, había cedido la presidencia á Vernier, viejo diputado moderado. A instancia y ruego de los representantes de la derecha, se deciden á hablar algunos individuos de la Montaña. Romme y Duroi piden que se vote la libertad de los diputados detenidos y de todos los patriotas arrestados desde el nueve de Thermidor contra los cuales no hubiese acta de acusación. A la pregunta del Presidente, los diputados agitan sus sombreros en señal de asentimiento. Por el mismo procedimiento se vota á propuesta de Duroi, la devolución de las armas á los ciudadanos desarmados por supuesto terrorismo; á propuesta de Romme, visitas domiciliarias en busca de harinas, lo que no tenía otro objeto que calmar al pueblo, y que se convoque á las secciones de París y sean sus comités nombrados por el pueblo. Alejandro Goujón hace observar que no se tiene noticia de los Comités de gobierno, y propone la renovación de estos y el nombramiento de una comisión extraordinaria, para hacer ejecutar los decretos que se acaba de dar, siendo nombrados en el acto de esta comisión Duroi, Duquesnoi, Prieur del Marne y Bourcotte. Este último pide, en fin, el arresto de los periodistas contrarrevolucionarios,

que excitaban al asesinato y «envenenaban el espíritu público», añadiendo que, «para completar esta jornada, era preciso abolir la pena de muerte, excepto para los emigrados y fabricantes de asignados falsos». Esta medida propuesta por Bourbotte, tan fogoso ayer en la Vendée, patentiza cuán lejos estaban de pensar en volver al Terror los diputados montañeses que intervenían en este instante; su propósito era tan sólo pacificar á la muchedumbre. Corría media noche. Los cuatro representantes de la comisión extraordinaria, al salir para ir á desempeñar su cometido, topan con Legendre y otros diputados thermidorianos, que venían á la cabeza del batallón de la Butte des Moulins. La lucha se reanuda. Boissi d'Anglas, que ocupaba de nuevo la presidencia, intima á la muchedumbre retirarse; los insurrectos se resisten y rechazan la primera columna de la guardia nacional. Pero otros batallones llegan, cargan á su vez á los gritos de «¡Viva la Convención! ¡Abajo los jacobinos!», y los invasores huyen oprimiéndose en las puertas y saltando no pocos por las ventanas. Fáltoles el apoyo de la multitud de fuera, que se había retirado por cansancio, por un fuerte aguacero y, sobre todo, por creer que todo había concluido.

¡Cuán engañada estaba! Precisamente la reacción acababa de reconquistarlo todo. Tras la fuerza armada, entraron en la Convención los comités de gobierno y los diputados de la derecha y del centro, respirando venganza: manifestaron que no había necesidad de anular los decretos «de sangre, de pillaje y de guerra civil», porque «la Convención no ha votado, no ha podido votar mientras se asesinaba á uno de sus individuos», y pidieron el castigo de los conspiradores que habían querido hacer sufrir á sus colegas la suerte de Feraud. «Ya no hay esperanza de conciliación, gritaba Thicaudeau, entre nosotros y una minoría facciosa... Pido que decretéis en el acto el arresto de los representantes que, faltando á sus deberes, han tratado de realizar los deseos de los amotinados y los han formulado en leyes.» Los diputados de la derecha que habían permanecido en el salón y habían votado, cometieron la villanía de echar la culpa de todo á los montañeses, á quienes ellos habían empujado á la tribuna. Antiguos terroristas, los Tallien, los Bourdon de l'Oise, los Andrés Dumont, superaban en rencor y encarnizamiento á los individuos de la derecha. «¡Venganza, ciudadanos, venganza contra los asesinos de sus colegas y de la representación nacional!»; vociferaba Tallien. En suma: se arrestó á Goujón, Romme, Duroi, Duquesnoi, Bourbotte, Rühl, Sobrani y otros, hasta diez. Soubrani, aquel valiente que tanto se había distinguido en el ejército de los Pirineos, se hallaba ausente de la Asamblea, y al enterarse de que se le había arrestado, vuelve tranquilamente á ella, para entregarse y unirse á sus amigos en la barra. Se decretó que las secciones procediesen inmediatamente al desarme de los «asesinos, de los bebedores de sangre, de los ladrones y de los agentes de la tiranía que había precedido al nueve de Thermidor, autorizándolas hasta pasa arrestar á los que debiesen á su juicio ser entregados á los tribunales». El extraño

estilo de este decreto revela el furor, la demencia en que había caído aquella Asamblea. La única concesión que ésta hizo al pueblo, fué acordar que ya no se fabricaría pan de lujo. La sesión se levantó á las cuatro de la mañana, para reanudarla á las diez.

La crisis no había concluido, ni mucho menos. No bien se difundió en París el rumor de lo que había sucedido al final de la sesión, el toque de llamada volvió á sonar en los barrios. La Convención estuvo en su puesto á las diez, é invitó á todos los buenos ciudadanos á defenderla. Las fuerzas populares avanzaron en masas compactas, bien organizadas, mandadas por jefes intrépidos y sin el concurso del pueblo que las había acompañado la víspera; rechazaron sin combate hasta el Carrusel á los batallones de la guardia nacional que la Convención había enviado á ocupar la Casa-ayuntamiento, y se situaron con sus cañones, poco después de medio día, delante del palacio nacional. La gendarmería se pasó á ellos, y lo propio hicieron los cañoneros de las secciones que protegían las Tullerías. Sonó el grito «¡A las armas!», y por una y otra parte se cargaron los fusiles, como para trabarse al punto sangriento combate. Indudablemente, la ventaja estaba de parte del pueblo. Padeció entonces la Convención un instante de terrible angustia. Legendre subió á la tribuna. «Representantes, dijo, permaneced tranquilos, firmes en vuestros puestos. La naturaleza nos ha condenado á todos á la muerte: un poco más pronto, un poco más tarde, qué importa! Buenos ciudadanos, estad prontos á defenderos. Mientras tanto, la mejor proposición es el silencio». La Asamblea siguió en su sitio, inmóvil, muda, mostrando aquella imponente calma que había desplegado el nueve de Thermidor y tantas otras veces, en el curso de su borrascosa existencia. Los ejércitos continuaban frente á frente, en actitud amenazadora. Parecía haberse vuelto al dos de Junio, bien que con notables diferencias. La masa popular obraba ahora espontáneamente y era mucho más numerosa que el dos de Junio; pero en Junio había habido jefes y dirección, y ahora no había ni lo uno ni lo otro. Elocuente prueba de la incencia de los diputados arrestados la noche anterior. El pueblo se mostraba menos violento que la víspera. El asesinato de Feraud le conturbaba. Repugnábale pasar sobre el cuerpo de los batallones formados delante de las Tullerías y forzar de nuevo el recinto de la Convención. También á los jefes de las secciones les horrorizaba la idea de una batalla librada entre las dos mitades de París. Los más expansivos, no pudiendo contenerse, exclamaron que era horrible que buenos ciudadanos se degollasen sin explicarse y tratar de entenderse, é inmediatamente, individuos se adelantaron de unas y otras filas y comenzaron á parlamentar. Enterada de esto, la Convención designó seis de sus individuos para que fuesen á tratar con los insurrectos, y acordó que, «sin dejar de ocuparse con interés en la subsistencia de los ciudadanos de París», procedería, á partir del veinticinco Pradial, al examen de las leyes orgánicas de la Constitución del noventa y tres. Los comisionados de la Convención fueron acogidos fraternalmente por las fuerzas populares, y regresaron acompañados de una

diputación de seis ciudadanos de los barrios de San Antonio y San Marcelo, los cuales pidieron á la Asamblea: pan, la Constitución del noventa y tres, la libertad de los patriotas arrestados y que se pusiese los asignados al par con la plata. El presidente Vernier leyó á los diputados de los barrios el decreto que se acababa de dar sobre las subsistencias y las leyes orgánicas; dijo que «la Convención pesaría en su sabiduría los otros extremos de la petición sobre los cuales aún no había acordado», y concluyó abrazando á los delegados populares é invitándoles á la sesión. Era ya tarde, las once de la noche. Los habitantes de los barrios, persuadidos de que sus peticiones habían sido atendidas, se retiraron. ¡Inocentes! Se iban sin haber obtenido nada, ni siquiera la libertad y la vida de aquellos diputados montañeses que habían salvado á la Convención de una catástrofe y al pueblo de un gran crimen.

El resultado de la jornada del dos de Pradial ponía de relieve la posibilidad de calmar y atraerse á la masa popular; pero habria sido menester para esto que la Asamblea hubiese sido capaz de calmarse á sí misma y apreciar con sangre fría la situación. La concentración de las tropas de línea diseminadas en los alrededores de París para proteger la llegada de los granos le devolvió la confianza, y el tres de Pradial, decretó la pena de muerte contra el que hiciese tocar generala. Por la tarde, se llevaba á la guillotina á un infeliz por haber paseado la cabeza de Feraud, y á la voz de que se le hacia morir porque habia «pedido pan para el pueblo, la muchedumbre amotinada le arrebató de las manos de los gendarmes y le lleva al barrio de San Antonio. Enterada del caso, la Juventud dorada corre á ofrecer sus servicios á la Convención, y reforzada con algunos guardias nacionales y caballeros, mil doscientos hombres en suma, se lanza al gran barrio, con orden de arrestar á Cambón, de quien se decía que dirigía secretamente la insurrección desde un escondite. Los comités del gobierno creyeron en este absurdo. La Juventud penetró sin obstáculo hasta lo más interior del barrio, y como no hallase á Cambón, se volvió llevándose los cañones de la sección de Montreuil. No contó con la huésped. Al regreso, vió levantarse barricadas por delante y por la espalda, y se halló cogida como en una ratonera. Fácil le hubiese sido al barrio aplastarla; se contentó con recobrar sus cañones, y la dejó partir. ¡Qué contraste entre esta nobleza de conducta y el ruin proceder de la Convención, que, en vez de mostrarse agradecida, intimó al barrio entregar no solamente á los «asesinos de Feraud», mas también los cañones, y como el barrio se resistiese, envió contra él un ejército de veinte mil hombres, al mando del general Menou, que tomó todas las salidas y amenazó con el bombardeo. El barrio se sometió. A medida que la tranquilidad se recobraba, crecía en la Convención la sed de venganza, ¡Cuán dañosas son las corporaciones seniles! Aquella torpe Convención que lanzara al pueblo á la insurrección por el hambre, muéstrase ahora implacable con sus desgraciada víctima. Este mismo día, cuatro de Pradial, decreta la creación de una comisión militar para castigar

á los autores y cómplices de la «conjuración y revuelta», incluso los diputados que fuesen hallados entre los revoltosos, y unos días después, extiende el decreto á los representantes arrestados en la noche del primero de Pradial. ¡Entregar los representantes del pueblo á una comisión militar! Ni los emigrados, dueños del poder, hubiesen hecho otro tantos. La comisión entró inmediatamente en funciones, enviando á la muerte á los gendarmes que se habían pasado á los insurrectos, á los obreros, comerciantes é individuos de los comités revolucionarios que habían tomado parte en el movimiento. Al mismo tiempo, se procedió al desarme de los patriotas y á la recogida de los cañones de las secciones, no dejándose más arma que el fusil á la guardia nacional, que volvió á ser exclusivamente burguesa, como en tiempo de Lafayette. Los comités de gobierno suprimieron los nombres revolucionarios de Salvación pública y de Seguridad general, y el gorro frigio fué reemplazado en las insignias oficiales por el gorro tricolor. La reacción marchaba á carrera tendida en todas partes, llenando de patriotas las cárceles; pero su principal asiento era la Convención, en la que el veintiocho de Mayo, nueve de Pradial, se propuso el arresto de todos los individuos de los antiguos comités de Salvación pública y de Seguridad general, es decir, de todos los patriotas que habían gobernado á Francia desde el treinta y uno de Mayo. Y arrestado fué Roberto Lindet, el abastecedor de los catorce ejércitos de la República, sin embargo de aducir en su defensa varios girondinos que habia salvado del terror á Calvados y los departamentos vecinos; arrestado Saint-André, el restaurador de la marina, á quien insensatos acusaron ahora de haberla destruido. Al leerse la petición de arresto de Carnot, la Asamblea quedó muda, hasta que una voz del Centro, se cree que la de Lanjuinais, exclamó: «¿Osaréis llevar la mano sobre aquel que ha organizado nuestra victoria?». Resonó un aplauso, y se pasó á la orden del día. Carnot y Prieur de la Côte d'Or fueron de los individuos del Comité de Salvación pública, los únicos que la reacción respetó. No habia medio humano de detener á la mayoría de la Asamblea de cortos alcances y exacerbadas pasiones, en la pendiente del retroceso. Los girondinos Lesage, Lanjuinais, Louvet y los dantonistas Legendre y Freron, en su común deseo de salvar á la república, propusieron que se sustrajese de las garras de la comisión militar á los diputados acusados y se los sometiese á un tribunal criminal que habria sido uno de los ordinarios, por haber sido suprimido el revolucionario el treinta y uno de Mayo, á los dos años y dos meses de su creación. Pero la voz de la justicia y de la razón no halló eco. Exgirondinos adocenados y violentos, que habían vuelto la cara al realismo, tales como Lariviere, ciegos reaccionarios, como Clauzel; un exjacobino de baja estofa, Bourdon de l'Oise, y el asesino y concusionario Rovere, triunfaron de los amigos de Vergniaud y de Dantón manteniendo la comisión militar. Uno de los diputados acusados, el alsaciano Rühl, del antiguo comité de Seguridad general, patriota sincero y valeroso, que se habia negado á firmar la relación de los comités contra Dantón, prefirió suicidarse